

CON SABOR A JOAQUÍN

Un Cervantes sentado, leyendo plácidamente un libro, nos dice que llegamos a un lugar donde la cultura es protagonista. El Palacio de Beniel ya no es lo que era cuando yo llegué a Vélez. En alguna de sus habitaciones antiguas trabajaba mi padre. Le recuerdo sentado en su mesa entre papeles viejos y el soniquete monótono de las máquinas de escribir.

Fue en aquel tiempo cuando conocí a Joaquín Lobato. Con su pelo rizado, sus características gafas y su personalidad inquieta, apuntaba maneras como pintor y ya escribía versos. Alguna vez paseé con él por la carretera, que entonces era el centro de casi todo. Paseando arriba y abajo se hablaba de ferias, de Semana Santa, de política, de amores de verano, de suspensos en junio y aprobados en septiembre. Le recuerdo casi siempre al lado de su inseparable amigo, otro veleño que aún le llora por los rincones.

Joaquín andaba siempre entre pinceles, entre libros de poesías y charlas literarias. Él, queriéndolo saber todo. Yo, pensando sólo en querer. Él, en su caseta de feria “el camborio”, que decoraba con sus pinturas, haciendo “chorizos al infierno” para poder cantar el gaudeamus con su Cristo de los Estudiantes. Yo, escondiéndome en las esquinas de los anocheceres veleños, saboreando las penumbras y el pellizco de un amor primero, sintiendo las sacudidas de esa pasión adolescente que nunca se olvida.

El tiempo nos llevó por distintos caminos. Él, siempre entre versos, con sus pinceles y su curiosidad a cuestas. Yo, mimando mi nido, acunando niños, queriendo y queriendo más. Él escribía los versos, yo los vivía paseando las calles de Vélez, emocionándome por cualquier cosa. Él estudiaba filología “romántica”. Yo sólo era una romántica que oía boleros, que llevaba a los niños al colegio y cuidaba los geranios de mi balcón. Mi casa era entonces mi primavera. Él escribía libros y yo sólo leía libros, que hacían más grande mi pequeño mundo.

Después de mucho tiempo recordé que un día me gustó escribir. Cerré los ojos, pensé en lo bello que es juntar palabras para contar algo y entonces escribí mi primer relato.

Hoy, después de mucho tiempo, por esas casualidades de la vida, hemos atardecido “juntos” en esa sala del Exilio que guarda nostalgias de tiempos pasados. Hoy, dieciocho de julio, Joaquín hubiera cumplido sesenta y cinco años, “Yo nací un dieciocho de julio, con las banderas vencidas antes del parto...”. Hoy se fallaban los premios del Certamen Literario que lleva su nombre, y ahí estaba yo, con mi pequeño relato que hablaba precisamente de jazmines y de amores adolescentes al sol y al viento de Vélez, su pueblo.

Hacía tiempo que no vivía, por sorprendente, un día tan especial. Recibir un premio por haber escrito algo que he vivido y disfrutado tanto, es un precioso regalo.

Emocionante atardecer en Vélez con sabor a verano, con jazmines de ayer, con amores de siempre, sintiendo cerca la brisa de ese mar sereno que él amaba tanto. “Sería terrible saber que lloras por las noches, oh mar...”.

Veleño el premio, veleño el poeta. Veleño el jazmín, veleño el amor. Veleños los amigos que lo vivieron conmigo. Veleño el recuerdo que guardo de él.

“Atiendo, si dicen mi nombre las anémonas, atiendo cuando llaman a mi puerta las palomas...”. Hoy, las anémonas y todas las palomas del cielo de julio han dicho tu nombre. También nosotros te hemos nombrado.

Ha sido un honor, Joaquín, atardecer contigo en tu pueblo, oyendo recitar primorosamente tus versos a gente sensible que ama la literatura. Espero que lo hayas visto todo desde esa atalaya celeste donde andarás mirando embelesado el mar, filosofando con Maria Zambrano o preguntándole a Dios “porqué te apaga otra vez la luz”.

Con mi estatuilla en la mano, al lado de esa otra grande que te recuerda en tu calle, alguien que te quiso y sabe bien tus versos, me dijo emocionado, tocando tu cuerpo de bronce, “a él le habría gustado que este premio te lo llevaras tú”.

Qué pena que no estés, poeta, qué pena que te pierdas esos atardeceres de jazmines blancos que enamoran el alma, de vencejos que alegran las calles con su algarabía. Qué pena que ese Dios con el que hablabas tanto, te apagara tan pronto la luz.

Pero la vida sigue en tu pueblo, ajena a las ausencias que duelen, “¿Dónde un nolibro para el alma?” Siguen las románticas primaveras florecidas de almendros inspirando a los poetas. Siguen las olas blancas arrullando amores que nacen, que van y vienen, como ellas. Siguen los pintores veleños llenando de color los paisajes queridos. Siguen las tardes perezosas del verano a la sombra de los patios que conociste.

Sigue vivo aquel viejo jazmín. Y sigue vivo aquel amor.

Margarita García-Galán Díaz